EL HILO - EVA SANTANA LÓPEZ

Puedo oler problemas aquí, en este apartamento. Primero se rompe la pierna y luego mira por la ventana; ve cosas que no debería ver. Problemas.

La ventana indiscreta, Alfred Hitchcock, *1954* .

(Basada en el relato de Cornell Woolrich, *It has to be murder*)

CAPÍTULO 1- LA VENTANA

Ya no puedo más. Estoy al principio del túnel y desde aquí no se atisba la luz del final. Siento una mezcla de sensaciones que oscilan entre el hastío, la claustrofobia y la vagancia. Tal vez, por eso estoy todo el tiempo mirando por la ventana. Han transcurrido siete días exactos desde la orden de confinamiento emitida en todos los medios por el Presidente del Gobierno de España. Oficialmente, la declaración del estado de alarma empezaba el lunes 16 de marzo de 2020, pero los rumores habían ido llegando cual ola de Tsunami desde principios de mes. Ciento sesenta y ocho horas. Las he contado. También he hecho otros cálculos: si resto las ocho que paso durmiendo y las dos que dedico a asearme y a hervir un plato de pasta, o de arroz o de patatas y a acompañarlo de una tortilla, de una lata de atún o de un trozo de carne a la plancha, me quedan noventa y ocho horas para mirar por la ventana. Eso es lo que hago desde hace casi cien horas. También navego por la red, sigo series y chateo por el móvil. Pero, incluso cuando hago todo eso, contemplo detrás de la pantalla de mi portátil, la ventana que da a la calle vacía.

Papá y mamá me llaman a menudo para confirmar que sigo bien. Al principio les preocupaba no estar aquí conmigo. Se sentían culpables, creo. Salieron un lunes para Marruecos a visitar a un proveedor nuevo y el jueves, antes de que pudieran volver, cerraron las fronteras. Con diecisiete años, opinan que ya soy “mayorcita” para quedarme unos días sola en casa. No es la primera vez que hacen una escapada y me dejan en casa campando a mis anchas. Antes de irse toman sus precauciones: mamá llena de *tuppers* la nevera y papá me recuerda las tres prohibiciones de rigor: uno, no organizar fiestas en casa; dos, no salir por la noche y tres, cogerle siempre el teléfono sea cual sea

la hora a la que me llame. Pero hasta ahora esas escapadas transcurrían siempre en días de normalidad, no de pandemia mundial.

Nadie sabe si los días de confinamiento se convertirán en semanas o en meses. Dos de las prohibiciones de papá son absurdas, la de no hacer fiestas y la de no salir por la noche. No lo hago cuando están ellos, que es casi siempre, por lo que dudo que me salga alguna oportunidad las pocas veces en que ellos no están. La del móvil tiene más sentido. Reconozco que soy muy despistada y que suelo dejarlo en modo silencio u olvidado en cualquier rincón y cuando ellos no están, si tardo en contestar, se angustian. Ahora no puedo salir por decreto-ley, pero tampoco es que durante mi vida sin pandemia yo fuera la más popular de la clase y que estuviera todo el día de marcha. Mi rutina diaria consiste en ir por la mañana al *insti* y por la tarde a trabajar unas horas en una ludoteca. Soy lo que se considera, "una chica responsable". Papá me considera demasiado madura para mi edad y mamá suele comentar que no me iría mal desmelenarme un poco. Lo haré, tal vez, cuando acabe la selectividad. Ahora, no es el momento: necesito obtener una nota de corte alta para poder entrar en la universidad pública. Además, los niños de la *ludo* me dejan tan agotada que al salir solo tengo ganas de irme a casa. Por eso, porque no salgo nunca de fiesta con los amigos (¿qué amigos?, por otro lado) y porque saco buenas notas dicen en clase que soy *rarita*. Rarita, mis cojones. Perdón, que las chicas no tenemos cojones. ¡Ja! Los que me parecen *raritos* a mí son los que se pasan el día haciendo Tik toks; los que fuman para aparentar ser mayores, pero esconden los cigarrillos y los que le besan el culo al gallito de turno solo para que no se meta con ellos. Seré mal hablada y despistada, lo reconozco, pero más normal que muchos.

Volviendo a la separación forzosa de mis padres: ahora que ven que estoy bien, creo que están incluso aliviados de no estar aquí, encerrados conmigo. No sé si soportaríamos pasar tanto rato juntos. Bueno ellos, no lo sé. Yo, seguro que no. Al menos ahora que estoy sola puedo dormir y comer cuando tengo sueño o hambre, no cuando lo deciden ellos. Mamá montaría uno de sus números si me viera engullendo un plato de espaguetis fríos a las dos de la mañana. Y, sin embargo, ¿hay otro momento mejor para comer que cuando te entra el hambre? El silencio que me rodea es total. Solo se escucha el tenedor golpeando el plato y mis labios sorbiendo un trozo de espagueti. No se oye el motor del ascensor, ni a Concha, la vecina del tercero, moviéndose arriba y abajo con su andador, al que le chirrían las ruedas; ni a Cosme, el conserje, fregando las escaleras y dando trastazos con la fregona. A esas horas todos duermen.

Todos, menos el chico del bloque de enfrente. La luz recortada en su ventana lo delata. Somos los dos únicos insomnes de la calle. Las otras ventanas tienen las persianas bajadas o los pórticos cerrados. Me he aficionado a espiarlo. Él no me ve porque yo no enciendo la luz. Uso la cámara del móvil para acercar la imagen de su cuarto. Amplío el encuadre con los dedos y lo veo moverse arriba y abajo. Va de la mesa a la pared, pega un Post-it de color amarillo, verde o rosa y luego vuelve. Escribe en el ordenador y también en los papeles de colores, se estira en la silla con las manos tras la nuca y un lápiz entre los labios. Lee el monitor mientras se da golpecitos con el lápiz o lo mordisquea. Se concentra. Se estira. Bosteza. Y repite de nuevo la coreografía: mesa, papel, pared, ordenador. Nos separa una calle y un piso de altura, por eso necesito ampliar al máximo para ver los detalles. Capto bien sus movimientos generales, la ropa desordenada y tirada por el suelo, los libros amontonados en una esquina de la mesa, la cama deshecha... pero no llego a ver lo que escribe. Me tiene intrigada porque no sé qué hace tantas horas trabajando y qué es lo que le preocupa tanto. Desde esta distancia, no consigo ver la pantalla con claridad y me *mosquea* porque no son horas para tanta actividad. Debe ser importante lo que lo mantiene despierto. Todo el fruto de su trabajo lo escribe en los Post-it que luego pega en un corcho enorme que tiene colgado en la pared contraria a la ventana, lo que me otorga una vista completa del mural de colores. Se me ha ocurrido hacerle fotos y descargarlas en mi ordenador. De este modo, podré ampliarlas a todo lo que dé el *zoom* y a ver si así me entero de lo que a él le mantiene trabajando hasta altas horas de la madrugada y a mí sin poder dormir por la intriga.